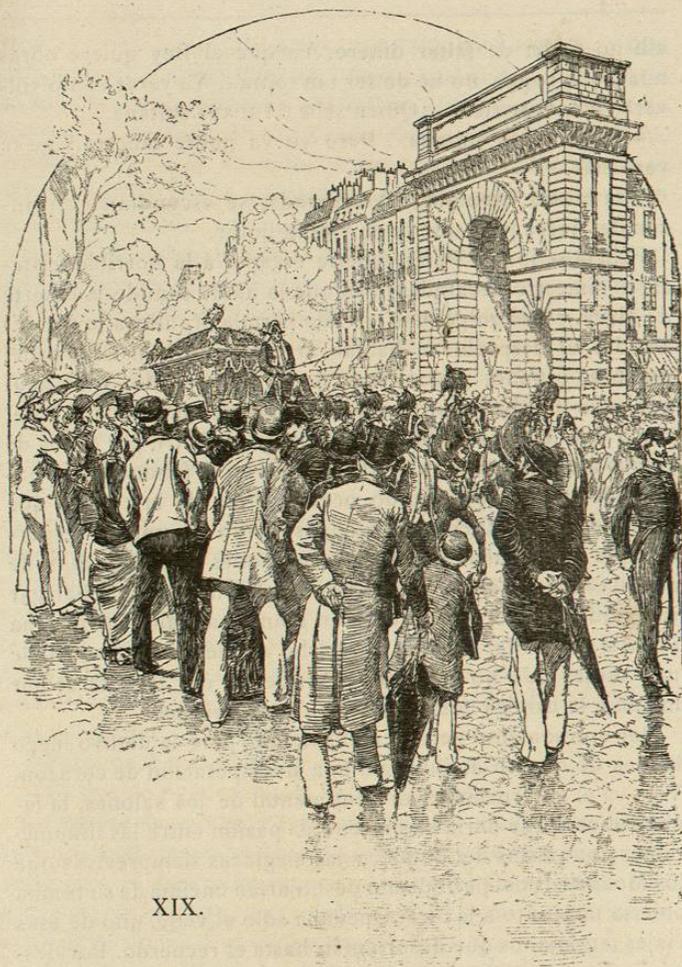


tas esperanzas, aparecía entregada á la quietud que á su paso deja la muerte. Ni un ruido, ni un suspiro. Únicamente, á pesar de lo temprano de la hora, allá en lontananza, por la parte del puente de la Concordia, un pequeño clarinete áspero y vibrante dominaba el ruido de los primeros carruajes; pero su enervante burlería ya no había de martirizar más á aquel que dormía allí mostrando al aterrorizado Nabab la imagen de su propio destino, enfriado, descolorido, dispuesto para la tumba.

Otros la vieron, aquella estancia mortuoria, más lúgubre todavía de lo que la vió el Nabab. Las holgadas ventanas abiertas de par en par. La oscuridad y el aire del jardín colándose por ellas en una gran corriente de aire. Una forma encima de un tablado: el cuerpo que acababan de embalsamar. La cabeza hueca, llenada con una esponja; el cerebro en una cubeta. El peso de aquel cerebro de hombre de Estado era verdaderamente extraordinario. Pesaba... pesaba... Los periódicos de aquel tiempo publicaron la cifra. ¿Pero quién va á acordarse de ella en la actualidad?



XIX.

LAS EXEQUIAS.

No llores, hada mía, que me descorazonas. Ya verás cómo vas á estar mucho mejor una vez libre de tu tremendo diablillo... Te vuelves á Fontainebleau á cuidar de tus gallinas... Los diez mil francos de Brahim servirán para tu instalación... Después, pierde cuidado, que una vez esté yo

allí no te ha de faltar dinero. Ya que el Bey quiere obras más, que pague, no he de ser tan tonta... Ya verás cómo volveré rica, muy rica... ¡Quién sabe! Tal vez sultana...

—Si, tú serás sultana... Pero yo ya habré muerto y no te veré más.

Y la buena Crennitz, desesperada, se escondía en un rincón del fiacre para que no la viesen llorar.

Felicia se iba de París. Quería escapar á la horrible tristeza, al siniestro decaimiento en que la había sumido la muerte de Mora. ¡Qué golpe más terrible para la orgullosa joven! El fastidio, el despecho la habían arrojado en brazos de aquel hombre: orgullo, pudor, todo se lo había dado, y he aquí que se lo llevaba todo, dejándola marchita por toda la vida; viuda sin lágrimas, sin luto, sin dignidad. Un par ó tres de visitas á Saint-James, algunas veladas en el fondo de una bañera de teatro de segundo orden detrás de la celosía que oculta el placer ilícito y vergonzoso, eran los únicos recuerdos que le quedaban de aquellas relaciones de quince días, de aquella falta sin amor que ni siquiera había llegado á halagar su vanidad con el estrépito de un gran escándalo. La mancha inútil é indeleble, la caída sin garbo en medio del arroyo, de una mujer que no sabe andar y que no osa levantarse por miedo á la irónica compasión de los transeúntes.

Por un momento pensó en el suicidio, pero la detuvo luego la idea de que se atribuiría á una desesperación de corazón. Veía ya el enternecimiento sentimental de los salones, la facha ridícula que haría su pretendida pasión entre las innumerables conquistas del duque, y las elegíacas siempre vivas que los Moëssards del periodismo deshojarían encima de su tumba abierta tan junto á la otra. Quedaba sólo el viaje, uno de esos viajes tan lejanos que desorientan hasta el recuerdo. Por desgracia faltaba el dinero. Entonces recordó que al día siguiente de su extraordinario triunfo en la Exposición había ido á verla el anciano Brahim-Bey, y á hacerle magníficas proposiciones, en nombre de su amo de él, para que fuese á Túnez á encargarse de obras importantísimas. En aquel momento había dicho que no, sin dejarse tentar por los precios orientales, por una hospitalidad espléndida, por el mejor de los patios del Bardo para taller con su andito de pórticos calados. Pero ahora habían variado las cosas. No tuvo que hacer más que

apuntarlo, los tratos quedaron concluídos en seguida, y tras un cambio de telégramas, un embalaje rápido y el cierre de la casa, tomó el camino de la estación como para un viaje de ocho días, asombrada ella misma de su pronta resolución, halagada en todas las aficiones aventureras y artísticas de su temperamento por la perspectiva de una vida nueva en un país desconocido.

En Génova tenía que aguardarle el yacht de recreo del Bey, y de antemano, cerrando los ojos en el fiacre que la conducía, veía las blancas piedras de un puerto de Italia ciñendo un mar irisado en que el sol tenía ya destellos del Oriente, en que todo cantaba, hasta las velas al henchirse por la cerúlea planicie. Precisamente París, aquel día, presentábase cuajado de lodo, de un gris uniforme, inundado por una de esas lluvias continuas que parecen hechas de intento para él, que parecen haberse desprendido en nubes de su río, de sus humaredas, de su aliento de monstruo, y vuelto á caer á rociadas de sus tejados, de sus goteras, de las innumerables ventanas de sus buhardillas. Felicia tenía prisa por escapar á aquel pesado París, y su febril impaciencia la ponía furiosa contra el cochero que había hecho alto, contra los caballos, dos verdaderos pencos de fiacre, contra aquella inexplicable aglomeración de coches, de ómnibus aculados en las cercanías del puente de la Concordia.

—Pero, cochero, adelante, ¿qué hacemos parados?...

—Es que no puedo, señora... hay el entierro.

La señora se asomó á la ventanilla, y volvió á retroceder, azorada, más que de prisa. Una hilera de soldados que avanzaban con el fusil á la funerala, un revoltijo de cascos, de sombreros enarbolados que saludaban el paso de una interminable comitiva. Era el entierro de Mora que desfilaba.

—No paréis... Dad la vuelta... gritó el cochero.

El cochero viró con harta pena, privándose á regaña dientes de aquel soberbio espectáculo que París aguardaba hacía cuatro días, remontó las avenidas, tomó por la calle de Montaigne, y á trote corto y remolón desembocó en la Magdalena por el bulevar Maiesherbes. La aglomeración, allí, era todavía más compacta. Á través de la brumosa lluvia, los ventanales iluminados del templo, el estrépito sordo de los cantos fúnebres bajo las negras colgaduras prodigadas hasta el

punto de hacer desaparecer la forma griega del edificio, llenaban todos los ámbitos de la plaza con el oficio que se estaba celebrando, mientras que la mayor parte del inmenso séquito se distribuía por la calle Real hasta cerca de los puentes, prolongada línea negra que enlazaba al difunto con aquella verja del Cuerpo legislativo que tantas veces franqueara. Más allá de la Magdalena abríase la calzada de los bulevares, vacía de gente, espaciada, ceñida por dos hileras de soldados con el arma descansando, á duras penas pudiendo contener al inmenso gentío que ennegrecía las aceras, con las tiendas cerradas, y los balcones, á pesar de la lluvia, atestados de gente que estiraban la cabeza en dirección al templo, como si aguardasen el paso del buey gordo ó la entrada de un ejército victorioso. París, hambriento de espectáculos, no es exigente, y tanto le da la guerra civil como el entierro de un hombre de Estado...

El fiacre no tuvo otro recurso que dar la vuelta nueva vez para hacer un nuevo rodeo, y no es difícil imaginar el mal humor del cochero y de sus animales, parisienses los tres hasta la médula, y rabiosos de tener que privarse de una representación tan sin igual. Entonces comenzó por las calles desiertas y silenciosas, pues toda la vida de París se había concentrado en la gran arteria del bulevar, una carrera caprichosa y desordenada, un insensato traquetear de pesetero que llegaba hasta los puntos extremos del arrabal Saint-Martin, del arrabal Saint-Denis, volvía á internarse hacia el centro para dar cada vez, á pesar de rodeos y de ardidés, con la misma valla, con la misma aglomeración, algún fragmento del negro desfile entrevisto en la desembocadura de la calle, desenroscándose lentamente bajo la lluvia al són de los tambores enlutados, són mate y apagado como el de la tierra al desmoronarse por alguna hendidura.

¡Qué suplicio para Felicia! Lo que cruzaba las calles de París en aquella pompa solemne, en aquel aparato fúnebre, en aquel duelo público que aún en las nubes se reflejaba, era su falta, su remordimiento; y la orgullosa joven se rebelaba contra aquella afrenta que le inferían las circunstancias, esforzándose en sustraerse á ella acurrucándose en el fondo del carruaje donde permanecía con los ojos cerrados, anonadada, mientras la vieja Crennitz, figurándose que aquella sobrexcita-

tación nerviosa era la sobrexcitación del dolor, procuraba consolarla, lloraba á su vez á lágrima viva al pensar en la separación, y escondiéndose también, dejaba libre toda la ventanilla del fiacre al gran slughi argelino que sorbía el aire con su fina cabeza y apoyaba despóticamente en el alféizar sus dos patas con heráldica rigidez. Por fin, después de mil rodeos interminables, el fiacre se detuvo de improviso, volvió luégo á ponerse en marcha penosamente entre una tempestad de gritos y de injurias, hasta que, empujado, suspendido casi en volandas, á pique de perder el equilibrio con el zarandeo de las maletas acumuladas encima de la cubierta, concluyó por no resollar, clavado, sujeto, cual si hubiese echado anclas.

—¡Dios mío! ¡Cuánta gente!... murmuró aterrada la Crennitz.

Felicia, vuelta en sí de su abatimiento:

—¿Pero dónde estamos?

Bajo un cielo incoloro, ahumado, rayado por las tenues fibras de la lluvia que velaban como con un tul la realidad de las cosas, extendíase una plaza, una encrucijada inmensa, llena de un océano humano que en ella iban vertiendo todas las boca-calles afluentes, y que se estacionaba en torno á una elevada columna de bronce, la cual, como gigantesco palo mayor de un buque sumergido, dominaba todo aquel oleaje. El único claro que en aquella inmensa masa aparecía libre, ceñíanlo una porción de escuadrones de caballería empuñando el sable, y de baterías de artillería, un ejército entero que aguardaba al que se iba ya acercando, como si se propusiesen tentar un ataque para arrancarle á viva fuerza de manos del formidable enemigo que se le llevaba. ¡Mas ay! Habían de ser en balde todas las cargas de caballería, todos los cañonazos. El prisionero iba sólidamente aherrojado, defendíale una triple muralla de madera, de metal y de terciopelo, inaccesible á la metralla, y no eran por cierto aquellos soldados los que podrían libertarle.

—Vámonos... No quiero estar aquí, dijo Felicia montada en cólera, tirando del calado carrik del cochero, llena de terror ante la idea de aquel fantasma que la perseguía, de lo que oía venir en el horrible estruendo, lejano aún pero que por momentos se iba acercando. Mas al primer movimiento de las

ruedas volvió á romper el tumulto y la gritería de la multitud. Creyendo que podría atravesar la plaza, había el coche conseguido á fuerza de fuerzas llegar hasta las primeras filas de la multitud, la cual había vuelto á cerrarse detrás de él y se negaba á abrirle paso. Estaba, pues, que no podía ni adelantar ni retroceder. Era forzoso permanecer allí, aguantar aquellas vaharadas de populacho y de aguardiente, aquellas miradas curiosas, excitadas de antemano por un espectáculo excepcional, y que devoraban á la hermosa viajera que cogía las de villadiego con aquel atracón de baúles y un señor perro de aquel calibre como defensor. La Crennitz se moría de miedo; en cuanto á Felicia, no pensaba más que en una cosa, en que pasaría por delante de ella, y que ella tendría que verle en primera fila.

De pronto sonó una exclamación general: «Ya está aquí»; luego reinó el silencio más absoluto por toda la plaza la cual llevaba tres largas horas de espera.

Ya llegaba.

El primer impulso de Felicia fué correr la cortinilla de su lado, del lado precisamente por el cual iba á desfilar el cortejo. Pero al oír el cercano redoblar de los tambores, presa de una rabia nerviosa de ver que no le era dable sustraerse á aquella obsesión, contagiada también tal vez por la malsana curiosidad que la circuía, hizo saltar bruscamente la cortinilla y asomó con descaro su ardiente y pálida cabecita:

—Puesto que te empeñas, ahí me tienes... Á la orden.

No cabía imaginar cosa más bella en punto á entierro que aquellos últimos honores con todo su vano aparato tan sonoro, tan hueco como el acompañamiento rítmico de las pieles de asno cubiertas de gasa. Marchaban delante los albos sobrepellices del clero que destacaban sobre la negra funda de los cinco primeros carruajes; detrás, tirado por seis caballos negros, verdaderos caballos del Erebo, tan negros, tan lentos, tan pesados como sus olas, avanzaba el coche fúnebre cuajado de plumeros, de franjas, de plateadas bordaduras, de gruesos lagrimones, de coronas heráldicas sostenidas por MM gigantescas, fatídicas iniciales que parecían ser las de la misma Muerte, la Muerte duquesa ornada con los ocho florones. Tanto baldaquino, tanta tupida colgadura disfrazaban la vulgar armazón del carruaje el cual se estremecía, se balanceaba

á cada paso, desde la base á la cúspide, como aplastado por la majestad de su cadáver. Encima del ataúd, la espada, el uniforme, el sombrero galoneado, disfraz de parada todavía por estrenar, destellaban su oro y su nácar en la sombría capilla de las colgaduras, entre los colorines de las flores recién abiertas que delataban la estación primaveral en contra de lo que pudiera dar á creer lo plumizo del cielo. Á diez pasos de distancia, la servidumbre del duque; detrás, en majestuoso aislamiento, el oficial de rozagante capa portador de las condecoraciones, repleto mostruario de todas las órdenes del mundo, cruces, bandas multicolores que rebosaban del almohadón de terciopelo negro con borlas de plata.

Seguía luego el maestro de ceremonias precediendo á la delegación del Cuerpo legislativo, una docena de diputados elegidos por la suerte, llevando en medio la prominente talla del Nabab, engalanado por vez primera con el uniforme oficial, cual si la irónica fortuna se hubiese empeñado en dar á probar al representante en ciernes todos y cada uno de los goces parlamentarios. Los amigos del difunto, que venían detrás, formaban un grupo bastante exiguo, y escogido como de intento para mostrar en toda su desnudez la superficialidad y el vacío de aquella existencia de personaje de alto bordo reducida á la intimidad de un empresario quebrado tres veces, de un mercader de cuadros enriquecido por la usura, de un gentilhomme averiado y de algunos busca-vidas y paseantes en corte que nadie sabía cómo se llamaban. Hasta allí todos iban á pié y descubierta la cabeza: apenas en la delegación parlamentaria tal cual casquete de seda negra que algunos se habían atrevido á ponerse al llegar á los barrios plebeyos. Entonces comenzaban los carruajes.

Cuando muere un gran capitán, es costumbre hacer marchar detrás del carro mortuario el caballo favorito del héroe, su caballo de guerra, obligado á amoldar al paso reglamentario ese andar brioso que recuerda el olor á pólvora y el ondear de estandartes. En el cortejo de Mora, el lugar correspondiente á aquel compañero de la victoria ocupábalo su cupé de gala, aquel suave vehículo que le condujera á las asambleas políticas ó mundanas, cubierto todo él de paño negro, con sus faroles envueltos en largas gasas tenues que flotaban hasta el suelo con una especie de gracia femenina

ondulatoria. Era una nueva moda funeraria la de esos faroles velados, la última palabra en materia de luto; y en verdad que nada más en carácter, tratándose de un maestro en elegancias como aquel, que el dar una lección póstuma á los parisienses que acudían á presenciar su entierro como una gran parada de la muerte.

Otros tres maestros de ceremonias, y, detrás, la impasible pompa oficial, la misma siempre para matrimonios, entierros, bautizos, aperturas de Parlamento ó recepciones de soberano, el interminable cortejo de las carrozas de gala relucientes, magníficos cristales, vistosas libreas recamadas de oro que cruzaban por entre la deslumbrada multitud recordándole los cuentos de hadas, los atalajes de Cenicienta, promoviendo esos «¡Oh!» de admiración que suben y se despliegan con los cohetes las noches de fuegos artificiales. Y no faltaba nunca entre el gentío tal cual municipal complaciente, tal cual menestralillo erudito y buscón, á caza siempre de ceremonias públicas, que se encargaba de apellidar en alta voz á cada uno de los personajes de los coches á medida que iban desfilando con sus escoltas reglamentarias de dragones, coraceros ó guardias de París.

Al frente, los representantes del Emperador, de la Emperatriz, de toda la familia imperial: luégo, en un orden jerárquico elaborado sabiamente y cuya menor alteración hubiera sido ocasionada á graves conflictos entre las diferentes corporaciones del Estado, los miembros del Consejo privado, mariscales, almirantes, gran canciller de la Legión de Honor, el Senado, el Congreso, el Consejo de Estado, todo el organismo universitario y judicial, cuyos uniformes y arañones y tocados hacían volver á los tiempos del antiguo París, y tenían algo de pomposo y de anacrónico, fuera de lugar en una época escéptica, de blusa y traje negro como la nuestra.

Felicia, para distraer sus pensamientos, se complacía en mirar aquel desfile monótono de una longitud exasperadora, y poco á poco se sentía atacada de una especie de sopor como si en un día de lluvia se entretuviese, sentada al velador de un salón fastidioso, en recorrer las páginas de un álbum iluminado, una historia del uniforme desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Todos aquellos fulanos, vistos de perfil, inmóviles y tiesos detrás de los anchos cristales,

parecían punto por punto personajes de álbum sentados no más que en el filo del banquillo á fin de que no se perdiese ni un ápice de sus bordados de oro, de sus palmas, de sus galones, de sus charreteras, maniqués ofrecidos á la curiosidad de las multitudes y exhibiéndose con aire indiferente y acostumbrado.

¡La indiferencia!... Tal era la nota dominante en aquel entierro. Por doquiera se dejaba sentir, en los semblantes y en los corazones, así entre la turbamulta de funcionarios que en su mayor parte habían conocido al duque sólo de vista, como en las filas á pié entre el carruaje mortuorio y el cupé, la intimidad estrecha ó el servicio diario. Indiferente, y aun satisfecho, el obeso ministro, vice-presidente del Consejo, quien con su robusto puño habituado á partir la madera de la tribuna agarraba sólidamente las cintas del féretro y parecía como si tirase de él, como si tuviese más prisa que los caballos y el coche mortuorio para llevar pronto á sus diez palmas de tierra al enemigo de veinte años, al eterno rival, al valladar de todas sus ambiciones. Los otros tres dignatarios no avanzaban con aquel su brío de caballo padre, pero las luengas cintas flotaban con significativo abandono en sus manos descuidadas ó distraídas. Indiferentes los clérigos, por oficio; indiferentes los de la servidumbre á los cuales no solía dar otro nombre que el de «cosa», y trataba efectivamente como cosas. Indiferente M. Luís, esclavo bastante rico para pagar su rescate, que veía llegado, con el último día de su esclavitud, el de su emancipación. Aquel frío glacial había penetrado hasta entre los íntimos á pesar de haberlos entre ellos muy afectos. Pero Cardailhac tenía demasiado que hacer en velar por el orden y la regularidad de la ceremonia para entregarse al más leve enternecimiento, cosa que por otra parte cuadraba poco á su modo de ser. El viejo Monpavon, herido en el alma, hubiera encontrado de pésimo gusto y de todo punto indigna de su ilustre amigo, la más leve flexión de su coraza de tela y de su elevada talla. Sus ojos estaban secos, más brillantes que nunca; las empresas funerarias se encargan de suministrar las lágrimas de los grandes duelos, bordadas en plata sobre tela negra. Alguien había con todo, más allá, que lloraba, entre los miembros de la comisión parlamentaria; pero lloraba más por el que se quedaba que por el que se

iba. ¡Pobre Nabab! Ablandado por aquellas músicas, por aquella pompa, parecíale como que llevase á enterrar su fortuna entera, sus ambiciones todas de gloria y de dignidad. Y al fin era aquella una de tantas variedades de indiferencia.

En el público predominaba sobre todos los demás sentimientos el de la hermosura del espectáculo, el gusto de convertir en día de fiesta uno que no lo era. En el trayecto de los bulevares, el público de los balcones hubiera aplaudido de buen grado; aquí, en los barrios populares, la irreverencia se manifestaba todavía más desembozadamente. Entre dos redobles de tambor cruzábanse en el aire chuscadas, guasas pinchescas acerca del difunto y de sus calaveradas de que París en masa tenía noticia, risas producidas por los anchos sombreros de los rabinos, por las pértigas del consejo de prohombres. La pillería en cuerpo, quién con blusa, quién en mangas de camisa, quitada la gorra por la fuerza de la costumbre, la miseria, el trabajo forzado, la holgazanería, la huelga contemplaban refunfuñando el paso de aquel morador de otras esferas, de aquel brillante duque caído de las alturas y que acaso en toda su vida no había puesto los piés en aquel arrabal excéntrico de la ciudad. Pero así van las cosas. Para llegar allá arriba, allá donde va todo el mundo, no hay más recurso que tomar el camino de todo el mundo, el arrabal de San Antonio, la calle de la Roquette, hasta aquella gran puerta fielato que abre tan ancha boca en dirección al infinito. ¡Y qué diablo! no deja de dar gusto ver que los señorones del calibre de Mora, duques, ministros, quieras que no han de seguir el camino común hacia un común destino. Esta igualdad en la muerte consuela de muchas de las injusticias de la vida. Mañana el pan parecerá menos caro, mejor el vino, menos pesada la herramienta, cuando al levantarse de la cama cada cual podrá decir para sí: «Pues mira, también Mora ha pasado por el rasero de los demás...»

Proseguía el desfile, más fatigoso que lúgubre. Llegaba su turno á las sociedades corales, comisiones del ejército, de la marina, oficiales de todas armas precediendo como en apretado rebaño á una larga fila de vehículos vacíos, coches de luto, carruajes particulares que mandaba allí la fuerza de la etiqueta. Seguía luégo á su vez la tropa, y en el ruín arrabal, por aquella larga calle de la Roquette hecha ya un hormiguero

hasta donde alcanzaba la vista, precipitábase un ejército en masa, infantería, dragones, lanceros, carabineros, pesados cañones con las fauces abiertas, prontos á ladrar, haciendo trepidar las piedras de la calle y los vidrios de las casas, pero no consiguiendo apagar el ronquido de los tambores, ronquido siniestro y salvaje que despertaba en la imaginación de Felicia la idea de esas exequias de Negús africanos en que millares de víctimas inmoladas acompañan el alma de un príncipe para que no se vaya sola al reino de los espíritus, y le hacía pensar que tal vez aquella pomposa é interminable comitiva iba á bajar y á perderse en la fosa común bastante capaz para dar cabida á cuantos la componían.

«...*Ahora y en la hora de nuestra muerte, amen...*» murmuró la Crenmitz á tiempo que el fiacre echaba á andar por la plaza semi-despejada ya, en lo alto de la cual se divisaba, hecha un ascua de oro, la Libertad, como si fuese á lanzarse en mágico vuelo á los espacios. Acaso aquella oración de la anciana bailarina fué la única nota sincera, conmovida, que se produjo en todo el inmenso trayecto recorrido por la comitiva fúnebre.

Han terminado todos los discursos, tres largos discursos tan glaciales como la huesa en que han metido el cadáver, tres declamaciones oficiales que han tenido por objeto principal poner muy alto el desinteresado afecto de los oradores por los intereses de la dinastía. Quince veces los cañones han puesto en revolución los innumerables ecos del cementerio, agitado las coronas de azabache y de siemprevivas, los ligeros ex-votos colgados en los ángulos de los panteones, y mientras por la ciudad de los muertos flota y ondula, apestando á pólvora, una niebla rojiza, y sube y se va mezclando lentamente con la humareda de las fábricas del barrio plebeyo, la innumerable asamblea se dispersa también, diseminada por las calles en declive, por las altas escaleras cuya blancura se dibuja en la vegetación, con un murmullo confuso, el murmullo de las olas al romper en los peñascos. Sotanas de púrpura, sotanas negras, uniformes verdes y azules, cinturones de oro, espadines que se sujetan con una mano para que no estorben, van apresuradamente al encuentro de sus carruajes. Cruzanse profundos saludos, sonrisas discretas, mientras los

coches de luto que corren al galope, desempedrando las calles, dejan ver largas líneas de negros cocheros, encorvada la espalda, calado el sombrero, el carrik flotante al viento de la carrera.

La impresión general es de satisfacción de haber puesto fin á una larga y fatigosa comedia, una priesa legítima por quitarse de encima el arnés administrativo, los trajes de ceremonia, deshebillarse los cinturones y los alzacuellos, aflojar las fisonomías que también á su vez iban sujetas por tirantes.

Á paso premioso, arrastrando con harta pena sus hinchadas piernas, el oboeso Hemerlingue iba avanzando hacia la salida, desechando las ofertas que le hacían desde varios de los carruajes, por constarle, según de sobras le constaba, que sólo el suyo estaba hecho á la medida de su elefantiasis.

—Barón, barón... aquí hay sitio.

—No, gracias, prefiero andar para desentumecerme.

Y á fin de evitar todas aquellas ofertas que comenzaban ya á cargarle, metióse por una avenida transversal cuasi desierta, y aun demasiado, porque apenas hubo puesto el pié en ella se arrepintió de haberlo hecho. Desde que entró en el cementerio una sola cosa le preocupaba, el miedo de encontrarse cara á cara con Jansoulet cuyo temperamento conocía, y quien podría suceder perfectamente que olvidase la majestad del lugar y renovase en pleno Père-Lachaise el escándalo de la calle Real. Dos ó tres veces, durante la ceremonia, había visto surgir de aquella masa de tipos incoloros que componían el cortejo, la gruesa cabeza de su antiguo compinche, pareciéndole que se dirigía hacia él como si le buscase con el deseo de un encuentro. Pero, al menos, allá abajo, en la gran avenida, en caso de apuro había gente, mientras que aquí... Brr... Esa inquietud era la que le hacía forzar el paso y el aliento; pero no le sirvió de nada. Al volverse por miedo á que le siguiese, vió asomar por la entrada de la avenida los altos y robustos hombros del Nabab. Ni el recurso tenía de escabullirse por el estrecho pasadizo de los portones, tan apretados allí que ni sitio queda para arrodillarse. El piso, blando y empapado, se escurría, se hundía bajo sus plantas. Creyó lo mejor seguir andando con aire indiferente, con la esperanza de que tal vez el otro no le reconocería. Pero una voz cascada y fuerte gritó detrás de él:

—¡Lázaro!

Hasta Lázaro se llamaba aquel ricachón. El aludido se hizo el sordo y apretó el paso para ver de alcanzar á un grupo de oficiales que seguían el mismo camino á gran distancia.

—Lázaro, oh, Lázaro.

Como allá en aquellos tiempos, por el muelle de Marsella... Su primer impulso, por la fuerza de una antigua costumbre, fué el de detenerse; pero volvió á su mente en un punto con miedo horrible el recuerdo de sus infamias, de todo el mal que había causado al Nabab y del que á la sazón estaba tramando; ese miedo llegó al paroxismo al sentirse agarrado bruscamente por una férrea mano. Su cuerpo abotagado se cubrió de un sudor de cobardía, su rostro se puso aún más amarillo, sus ojos guiñaron al soplo del formidable sopapo que se le venía encima, mientras sus gordos brazos se levantaban instintivamente para parar el golpe.

—¡Ah! no tengas miedo... No te quiero ningún mal, dijo Jansoulet tristemente. Vengo á pedirte tan sólo que no me lo hagas más á mí.

Y se detuvo para tomar aliento. El banquero, azorado, hecho un tonto, abría cuan grandes eran sus redondos ojos de mochuelo ante aquella emoción sofocante.

—Oye, Lázaro; en esta guerra que nos estamos haciendo tanto tiempo há, tú eres el más fuerte... Yo soy el caído, lo sé... No puedo más... Y puesto que así me tienes, sé generoso, no acabes con tu antiguo camarada. Vamos, perdóname...

Todo temblaba en aquel meridional enmollecido, ablandado por los incidentes de la fúnebre ceremonia. Hemerlingue, al encontrarse frente á él, no le iba en zaga. Aquella negra música, aquella sepultura abierta, los discursos, el cañoneo, y aquella elevada filosofía de la muerte inevitable habían conseguido remover sus entrañas. La voz de su antiguo compañero de glorias y fatigas acabó de desvelar lo que de humano quedaba en aquella masa de gelatina.

¡Su antiguo camarada! Era la primera vez, desde hacía diez años, desde su ruptura, que le volvía á ver de tan cerca. ¡Qué de cosas le traían á la memoria aquellas facciones atezadas, aquellos hombros fornidos tan mal cortados para el recamado uniforme! El cobertor de lana delgada y llena de agujeros en que se envolvían los dos para dormir en la cubierta del *Sinai*,